



# TEMAS

CULTURA IDEOLOGIA SOCIEDAD

NUMERO 14 / abril - junio 1998

AUSENCIA NO  
ES OLVIDO

DIVERSIDAD Y  
DIFERENCIA

SABER LA GLOBALIZACION

¿BOLCHEVIQUES EN EL  
PSICOANALISIS?



no. 14, abril-junio de 1998. Nueva época.

### **ENFOQUE** **Diversidad**

Las estrategias visuales de la construcción  
de la diferencia en las Américas/ 4  
*Henry Geddes Gonzales*

Mujer y poder en Cuba/ 13  
*Mayda Alvarez Suárez*

Generaciones y mentalidades/ 16  
*María Isabel Domínguez*

Género y diversidad: desigualdad, prejuicios  
y orientación sexual en Cuba/ 35  
*Natividad Guerrero Borrego*

Oye, loca. Las identidades y la cultura  
masculina gay cubano-americana/ 45  
*Susana Peña*

Una sociedad que envejece:  
retos y perspectivas/ 57  
*Alberta Durán Gondar*  
*Ernesto Chávez Negrín*

Problemática, diversidad  
y espacio de debate en el teatro cubano/ 69  
*Vivian Martínez Tabares*

### **CONTROVERSIA**

80/ **El teatro cubano actual: intertextualidad,  
posmodernidad y creación**

*Patricia Ramos, Daylet Domínguez,  
Antón Arrufat, Rosa Ileana Boudet,  
Raquel Carrió, Carlos Díaz, Abelardo Estorino*

### **ENTRETEMAS**

99/ Ausencia no quiere decir olvido  
*Adelaida de Juan*

107/ La confluencia que se frustró:  
psicoanálisis y bolchevismo  
*Jorge Luis Acanda González*

### **LECTURA SUCESIVA**

123/ Globalización e integración regional  
en América Latina y el Caribe:  
un estado del debate  
*Carlos Alzugaray Treto*

# **Las estrategias visuales de la construcción de la diferencia en las Américas**

**Henry Geddes Gonzales**

*Profesor. Universidad de Massachusetts, Amherst.*

Este estudio es parte de un esfuerzo más abarcador por determinar las políticas de la representación visual, y su relación con el discurso, en el contexto de la modernidad; investiga la relación entre el discurso colonial, asociado con la iconografía temprana de las Américas, y las formas contemporáneas de representación de los pueblos indígenas y los mestizos (etnicidad híbrida) en las fotografías noticiosas y los anuncios televisivos de los Estados Unidos. Estos espacios de representación son consecuentes con la forma en que las relaciones coloniales y neocoloniales han sido históricamente comprendidas, reproducidas y transformadas.

El análisis se concentra en la persistencia y relativa importancia de las prácticas culturales del primitivo período colonial en la perpetuación de las relaciones (neo)coloniales, así como su influencia en la articulación de contradiscursos en un sistema transnacional globalizado. Los discursos eurocéntricos suelen marginar las «voces» subalternas y niegan la diversidad de su experiencia políticosocial. También influyen en los términos con los que lo subalterno negocia la identidad y emprende la resistencia por medio de las prácticas culturales.

Ello ha involucrado a un grupo de asunciones, métodos, procedimientos e instituciones que han «producido» a los no-europeos en áreas del pensamiento y la práctica tan aparentemente desconectadas como la literatura, la organización social, la medicina, la ciencia social, las relaciones internacionales, los medios de comunicación masiva, el turismo, la educación y otras.

Las imágenes aquí discutidas lo fueron en tanto manifiestan actitudes recurrentes del discurso colonial y eurocéntrico. Los medios masivos han sido instrumentos en la perpetuación de nociones de diferencia, las cuales, en otra era, explícitamente informaron y legitimaron la empresa colonial. Las derivaciones eurocéntricas del discurso colonial ofuscan la naturaleza global de la producción y el consumo bajo el amparo de las corporaciones transnacionales, y contribuyen a la construcción de identidades culturales. El análisis se mueve entre la crítica de imágenes positivas o negativas del otro, con sus referencias implícitas a una realidad social no mediada más allá del texto, y asume que los textos refractan y constituyen un ambiente social ya mediado por el discurso.

Siguiendo a Mijaíl Bajtin,<sup>1</sup> la comunicación visual, el legado de su aura y sus códigos escritos, pueden ser comprendidos como una condensación de discursos generados por la interacción de sujetos localizados social e históricamente. Los discursos coloniales y eurocéntricos refractan y a la vez constituyen discursos generados por interacciones sociales con y entre los amerindios, los mestizos y los europeos. Esto puede discernirse en el nivel del texto mismo como convenciones de género vinculadas a discursos contendientes que modelan identidades culturales, así como estrategias de dominación, negociación y resistencia más allá del texto.

## Conquista y representación

La conquista de América inició transformaciones globales que definieron relaciones políticas, económicas y culturales entre el centro y la periferia del sistema capitalista del mundo.<sup>2</sup> Esto coincide con el desarrollo de tecnologías de impresión y gráficas durante los siglos xv y xvi que transformaron las formas de comunicación y concientización. Ello contribuyó a la estandarización de nuevos códigos visuales, tales como la perspectiva lineal y las propias convenciones para combinar texto e ilustración.<sup>3</sup> Aparejada a emergentes códigos narrativos en la escritura, la perspectiva lineal perpetuó la visión panóptica del sujeto privilegiado o del centro, la prioridad dada a la vista sobre los demás sentidos, y el ordenamiento del espacio y el tiempo en formas que a menudo niegan la contemporaneidad del otro.<sup>4</sup>

El otro pudo ser codificado, mayormente, en la forma de un monólogo<sup>5</sup> y desplazado a través del espacio y el tiempo para satisfacer las demandas de la empresa colonial y para contener la resistencia a la misión civilizadora europea.<sup>6</sup> Un aspecto sustantivo en esta práctica cultural es lo que J. Fabian refiere como «los efectos ideológicos del visualismo como un estilo cognitivo».<sup>7</sup> R. Corbey observa que «lo que es visto, el otro objetivado, se aprecia como proveniente de lugares muy lejanos, pero también, y más importante, de un tiempo diferente, alocrónico».<sup>8</sup> Como se verá en el análisis subsecuente, esta práctica visual ha persistido en la fotografía contemporánea y en videos/películas que experimentan una función similar a la que tuvieron las cosmografías y las descripciones ilustradas de viajes en los siglos xvi y xvii. Más aún, la perspectiva lineal y otros códigos visuales desarrollados en el período moderno primitivo definieron la larga tradición europea de representación visual durante los pasados quinientos años. Los medios masivos contemporáneos han heredado esta tradición, que fuera difundida y apropiada por todo el mundo.

Es, por otra parte, conocido que la representación visual de los amerindios y su entorno físico durante los inicios del período colonial enfatizó la dicotomía entre «el buen salvaje» y «los bárbaros». M. Bhabha se refiere a ello como la cualidad fetichista del discurso colonial, en el cual el otro es simultáneamente reconocido/deseado, y repudiado.<sup>9</sup> Es a través del binarismo formado por esta suerte de fetichismo que el discurso colonial perpetuó una ideología que subsumió la agresión de una economía productiva (genocidio, esclavitud, desterritorialización) en el discurso de una economía moral que reforzaba la misión civilizadora europea.

Mercedes López-Baralt<sup>10</sup> apunta que hubo una desviación de la visión idealizada del otro como «el buen salvaje» de los primeros escritos y consideraciones gráficas —como aquellos de los encuentros iniciales de Colón—, hacia un énfasis en la percepción de las deformidades físicas de los «bárbaros» y sus «prácticas corruptas» (canibalismo, idolatría, brujería), comenzado con el *Novus Mundus* de Américo Vespucio, publicado entre 1503 y 1509. Las proyecciones idílicas del «Nuevo Mundo» persistieron, sin embargo, y reflejaron los lazos entre los editores y los intereses financieros —a los cuales servían— con el propósito de atraer colonos e inversionistas para sus operaciones agrícolas, de extracción de minerales, y esclavistas.<sup>11</sup> Versiones contemporáneas de esta práctica cultural incluyen el turismo, el *marketing* y los medios masivos, todo lo cual exotiza al otro para provocar inversiones y clientes globales.

Junto con la dicotomía buen salvaje/bárbaro, los amerindios y su espacio físico fueron rutinariamente mostrados en términos femeninos. Recuérdese solo el tan socorrido grabado «América», que muestra el encuentro entre Américo Vespucio y una clásica figura femenina europea que representa el continente «descubierto».<sup>12</sup> A «América» se le asignó una identidad femenina que exuda sexualidad, inocencia y unidad con la naturaleza. Es como si ella hubiese sido despertada al curso de la historia por un europeo investido de signos asociados con instituciones presuntamente ausentes en el «continente descubierto»: ciencia (compás), religión (cruz), y organización política (Estado absolutista inscrito en la bandera y en la persona de Vespucio). Esto establece un discurso recurrente que identifica el territorio designado como América, y sus recursos y habitantes, con el cuerpo femenino que debía ser nombrado y moldeado. La sexualización del otro sirvió para construir una identidad patriarcal occidental como el eje alrededor del cual otras identidades eran definidas. Como se apreciará más adelante, este proceso ya había comenzado en Europa cuando se brindaba algún crédito al argumento de que la iconografía colonial

repetía discursos generados por interacciones sociales en Europa y por el contacto mismo del «viejo continente» con América.

Contradiendo el tema de América como buen salvaje-femenino, aparece la pretendida amenaza de lo «bárbaro». En el fondo de la imagen descrita antes, en donde convergían las líneas de perspectiva, hay una escena canibal en la que una pierna humana es asada sobre una fogata. La naturaleza hostil y decadente de los aborígenes fue codificada en todos los géneros durante el período colonial, como deformidad física y canibalismo.<sup>13</sup> Esto comportaba en parte una manifestación de fetichismo que desautorizaba al otro, exagerando la práctica del canibalismo en América,<sup>14</sup> y resultaba a la vez ideal para justificar el «proceso civilizatorio» y el uso de la violencia contra cualquier forma de resistencia de los amerindios.<sup>15</sup>

La más ambiciosa y ampliamente difundida de las colecciones ilustradas que documentan los primeros encuentros europeos con América, es *Grandes viajes* del protestante belga Theodor de Bry. Sus trece volúmenes fueron publicados en latín y alemán entre 1590 y 1634, y tratan acerca de los encuentros coloniales durante el siglo XVI y principios del XVII. De acuerdo con B. Bucher,<sup>16</sup> el sistema simbólico en *Grandes viajes* revela los aspectos emocionales, no-discursivos (no-lineales, prelógicos) de la iconografía colonial. Así, los tabúes, el miedo a la «contaminación», el temor a lo desconocido, el caos y la ambigüedad, dieron por resultado la construcción de lo aberrante, pero siempre dentro de normas establecidas, dentro de los intersticios del orden. Ello se evidenció en la iconografía sistemáticamente organizada del canibalismo como negación del orden cósmico. La narrativa protestante del pecado original y la «caída» de Adán y Eva, fue usada por de Bry para retratar, por la vía de la comida y la apariencia física, la «contaminación» y la «decadencia» de los amerindios. Después de la «caída», los amerindios sustituyeron los residuos (sangre, cenizas) por el consumo de comida vegetal y animal. Este desvío coincide con la prevalencia de las imágenes de canibalismo, viejas brujas hechiceras e idolatría.

Bucher arguye que los signos de la anatomía y la ofrenda y consumo de comida están relacionados estructuralmente, en el modo vertical, prelógico del mito, con los códigos sociopolíticos que definen las relaciones entre los amerindios y las comunidades europeas. El subrayado de estas imágenes es el intento de la protestante Europa del norte por desacreditar la empresa colonial española y portuguesa, al hacer conspicua la violencia que infligieron a la población indígena e insinuar que la mezcla de razas fue la fuente de la decadencia en el «Nuevo Mundo» (canibalismo, brujería, idolatría). Mientras tanto, las escenas de la

colonización inglesa fueron eximidas de tal violencia y decadencia. De acuerdo con Bucher, ello pudo contribuir más tarde a la normalización del tabú de los matrimonios interraciales, la creación de reservas y la segregación característica de la colonización en América del Norte.

Un tema corriente en la iconografía colonial es la sexualización del otro como femenino. Ampliando la obra de N. Elias,<sup>17</sup> Theweleit<sup>18</sup> y Brauner (este último en *Cannibals, Witches and Shorewens in the Civilizing Process*, de próxima aparición) adujeron que esta sexualización del otro como femenino fue un aspecto esencial del proceso civilizatorio en Europa occidental, en la medida en que el orden capitalista patriarcal se institucionalizó entre los siglos XVI y XVIII. El proceso incluyó la disciplina de las funciones corporales tanto como los cambios relativos a la subjetividad que permitieran al emergente hombre (masculino) burgués, enfrentarse con las nuevas instituciones, tales como el Estado centralizado y el propio capitalismo. En el proceso de redefinición del espacio social y sus normas, el emergente ego burgués y masculino se autoconstruyó como opuesto a los campesinos, a las mujeres y a los no-europeos. Por ejemplo, la construcción de brujas como hechiceras sexualmente ambiguas, con cuerpos deformados, fue parte de un esfuerzo mayor de la Iglesia, el Estado, la institución médica y otras instancias sociales para debilitar la condición de las mujeres campesinas como parteras, sanadoras y líderes comunitarias durante el período moderno temprano.<sup>19</sup>

El discurso colonial fue una extensión del proceso civilizatorio en la misma Europa, en donde el otro fuera identificado con «gente salvaje» (habitantes marginales de los bosques), campesinos y brujas (siempre en femenino). La relación intertextual entre las correspondientes formas de representación visual es provocativa, particularmente en lo que respecta a la apariencia física deformada y el «pelo salvaje». De acuerdo con Brauner,

a través del período moderno temprano, las ilustraciones y textualizaciones de las mujeres europeas de baja clase como brujas y arpías, y de los nativos americanos como canibales, fueron promovidas entrelazadamente. No solo sus representaciones en todos los discursos oscilaban entre la mujer erotizada y la vieja asexual, amenazante, desmembrada, sino que los canibales se convirtieron en brujas dentro del discurso colonial cuando los rituales religiosos de los nativos americanos fueron igualados con los satánicos Sabbath, y cuando los nativos, especialmente las mujeres, también fueran acusados de brujería en las últimas etapas de la colonización.

Fue muy a propósito que estas representaciones mantuvieran su significado independientemente del texto escrito, y operaran —de manera muy parecida a los códigos anatómicos, de apariencia y consumo